

PASTOR DÍAZ, NICOMEDES (1811 – 1863)

*ADOLESCENCIA*

ÍNDICE:

MI INSPIRACIÓN  
EL AMOR SIN OBJETO  
LA INOCENCIA  
A LA MUERTE  
A ALBORADA  
LA INMORTALIDAD  
MI COLOR  
MI RECLUSIÓN  
EN LA MUERTE DE UN HERMANO NIÑO  
AL SILENCIO

PRIMER PERÍODO

*ADOLESCENCIA*

MI INSPIRACIÓN

Cuando hice resonar mi voz primera  
Fue en una noche tormentosa y fría:  
Un peñón de la cántabra ribera  
De asiento me servía:  
El aquilón silbaba;  
La playa y la campiña estaban solas;  
Y el Océano rugidor sus olas  
A mis pies estrellaba.

No brillaban los astros en el cielo,  
Ni en la tierra se oía humano acento;  
Estaba oscuro, silencioso el suelo,  
Y negro el firmamento.  
Sólo en el horizonte  
Alguna vez relámpagos lucían;  
Y al mugir de las mares respondían

Los pinares del monte.

Fuera ya entonces cuando el pecho mío,  
Lanzado allá de la terrestre esfera,  
Vio que el mundo era un árido vacío;  
El bien, una quimera.  
Nunca un placer pasaba  
Blando ante mí, ni su ilusión mentida;  
Y el peso enorme de una inútil vida  
Mi espíritu agobiaba.

Quise admirar del mundo la hermosura,  
Y hallé do quiera el mal. De amor ardía,  
Y nunca a mi benévola ternura  
Otro amor respondía.  
Sólo y desconsolado,  
Cantar quise a la tierra mi abandono,  
Mas ¿dó tienen los hombres voz ni tono  
Para un desventurado?...

Al destino acusé, y acusé al cielo  
Porque este corazón dado me habían;  
Y de mi queja, y de mi triste anhelo  
Los cielos se reían.  
¿Dó acudir?... ¡Ay!... Demente  
Visitaba las rocas y las olas  
Por gozarme en su horror, llorar a solas,  
Y gemir libremente.

Un momento a mi lánguido gemido  
Otro gemido respondió lejano,  
Que sonó por las rocas, cual graznido  
De acuático milano.  
De repente se tiende  
Mi vista por la playa procelosa,  
Y de repente una visión pasmosa  
Mis sentidos sorprende.

Alzarse miro entre la niebla oscura  
Blanco un fantasma, una deidad radiante,  
Que mueve a mí su colosal figura  
Con pasos de gigante.  
Reluce su cabeza  
Como la luna en nebuloso cielo:  
Es blanco su ropaje, y negro velo  
Oculta su belleza

Que es bella, sí; de cuando en cuando el viento  
Alza fugaz los móviles crespones,  
Y aparecen un rápido momento  
Celestiales facciones.  
Pero nube de espanto  
Tiñó de palidez sus formas bellas,  
Y sus ojos, luciendo como estrellas,  
Muestran reciente el llanto.

Cual ciega tromba que aquilón levanta  
En los mares del Sur, así camina;  
Y sin hollar el suelo con su planta,  
A mi escollo se inclina.  
Llega, calladamente  
En sus brazos me ciñe, y yo temblando  
Recibí con horror ósculo blando  
Con que selló mi frente.

El calor de su seno palpitante  
Tornóme en breve de mi pasmo helado:  
Creí estar en los brazos de una amante,  
Y... «¿quién, clamé, arrobado,  
Quién eres... que mi vida  
Intentas reanimar, fúnebre objeto?  
¿Calmarás tú mi corazón inquieto?  
¿Eres tú mi querida?»

«¿O bien descendes del elíseo coro  
Sola, y envuelta en el nocturno manto,  
A ser la compañera de mi lloro,  
La musa de mi canto?  
Habla, visión oscura;  
Dame otro beso, o muéstrame tu lira;  
De amor o de estro el corazón inspira  
A un mortal sin ventura.»

«No, me responde con acento escaso,  
Cual si exhalara su postrer gemido;  
Nunca, nunca los ecos del Parnaso  
Mi voz han repetido.  
No tengo nombre alguno;  
Y habito entre las rocas cenicientas,  
Presidiendo al horror y a las tormentas  
Que en los mares reúno.»

«Mi voz sólo acompaña los acentos  
Con que el alción en su viudez suspira,  
O los gritos y lánguidos lamentos  
Del náufrago que expira.  
Y sí una noche hermosa  
Las playas dejo y su pavor sombrío,  
Sólo la orilla del cercano río  
Paseo silenciosa.»

«Entro al vergel, só cuya sombra espesa  
Va un amante a gemir por la que adora;  
Voy a la tumba que una madre besa,  
O dó un amigo llora.  
¡Pero en vano mi anhelo!  
Sé trocar en ternezas mis terrores,  
Sé acompañar el llanto y los dolores;  
Más nunca los consuelo.»

«¡Ni a ti, infeliz!... el dedo del Destino  
Trazó tu oscura y áspera carrera.  
Yo he leído en su libro diamantino  
La suerte que te espera.  
A vano, eterno llanto  
Te condenó, y a fúnebres pasiones,  
Dejándoos sólo los funestos dones  
De mi amor y mi canto.»

«De ébano y concha ese laúd te entrego  
Que en las playas de Albión hallé caído;  
No empero de él recobrará su fuego  
Tu espíritu abatido.  
El rigor de la suerte  
Cantarás sólo, inútiles ternuras,  
La soledad, la noche, y las dulzuras  
De apetecida muerte.»

«Tu ardor no será nunca satisfecho;  
Y sólo alguna noche en mi regazo  
Estrechará tu desmayado pecho  
Iluso, aéreo abrazo.  
¡Infeliz si quisieras  
Realizar mis fantásticos favores!  
Pero, ¡más infeliz si otros amores  
En ese mundo esperas!»

Diciendo así, su inanimado beso

Tornó a imprimir sobre mi labio ardiente.  
Quise gustar su fúnebre embeleso;  
¡Pero huyó de repente!  
Voló; de mi presencia  
Desapareció cual ráfaga de viento,  
Dejándome su lúgubre instrumento,  
Y mi fatal sentencia.

¡Ay! se cumplió!.., que desde aquel instante  
Mi cáliz amargar plugo a los cielos,  
Y en vano a veces mi nocturna amante  
Torna a darme consuelos.  
Mis votos más queridos  
Fueron siempre tiranas privaciones;  
Mis afectos, desgracias o ilusiones;  
Y mis cantos... ¡gemidos!

En vano algunos días la fortuna  
Ondeó sobre mi faz gayos colores;  
En vano bella se meció mi cuna  
En un Edén de flores;  
En vano la belleza  
Y la amistad sus dichas me brindaron;  
Rápidas sombras, ¡ay! que recargaron  
¡Mi sepulcral tristeza!...

Escrito está que este interior veneno  
Roa el placer que devoré sediento.  
Canta, pues, los combates de mi seno,  
¡Infernal instrumento!  
Destierra la alegría,  
Que nunca pudo a su región moverte;  
Y exhala ya tus cánticos de muerte  
Sin tono ni armonía.

Y tú, amor, si tal vez te me presentas,  
No pintaré tu imagen adorada;  
Describiré el horror de las tormentas,  
Y mi visión amada.  
En mi negro despecho  
Rocas serán mis campos de delicias,  
Lánguidas agonías mis caricias,  
¡Y una tumba mi lecho!

## EL AMOR SIN OBJETO

Vanamente mis ojos inquietos  
Por do quiera se tienden y giran;  
Vanamente mis labios suspiran  
Abrasados de fúnebre ardor.  
Soledad espantosa me cerca,  
Noche eterna mi pecho ha cubierto;  
Para mí todo el mundo es desierto...  
¡Pues que nadie responde a mi amor!

Todo es fuego mi pecho exaltado;  
Sólo amando me place la vida,  
Y fijando en otra alma querida  
De existir la penosa ilusión.  
Ilusión... ilusión desgraciada  
Que la triste verdad no realiza;  
Ilusión que mi pena eterniza...  
¡Porque nadie responde a mi amor!

Yo no sé lo que quiere mi pecho,  
Yo no sé porque tiemblo y qué lloro,  
No conozco lo mismo que adoro,  
No hallo objeto a mi triste pasión.  
Sólo encuentro un inmenso vacío  
Donde el alma se agita sedienta,  
Y esta sed de querer se acrecienta...  
¡Porque nadie responde a mi amor!

Tal vez amo en mis tristes delirios  
A un fantasma que forja mi mente;  
Y dó quiera le miro presente,  
Le da vida mi fúnebre ardor.  
Yo le escucho, le estrecho en mis brazos,  
Yo su aliento de aroma respiro;  
Yo... ¡infelice!... demente deliro...  
¡Nadie, nadie responde a mi amor!

Vanamente de nácar y rosas  
El Oriente engalana la aurora;  
Vanamente su faz brilladora  
Lanza el sol con radioso esplendor  
Ni la tarde en los campos me agrada,  
Ni de noche la luna brillante;  
Luz y sombra buscaba en mi amante,  
¡Ay!... ¡y nadie responde a mi amor!

Con mi amante risueña la aurora  
Me inundara de blanda alegría;  
Con mi amante gozara yo el día,  
Campo y sombras, y grato frescor.  
Con mi amante la luna me viera,  
De sus rayos bañado y de llanto,  
Apurar ese mágico encanto  
¡Que a las penas les presta el amor!

Tú tal vez, corazón que yo busco,  
Tú tal vez solitario palpitas,  
Y en fantásticos sueños te agitas,  
Y suspiras y lloras cual yo.  
Ven a mí, yo te haré venturoso,  
Yo te ofrezco esas horas risueñas,  
Yo te ofrezco esa dicha que sueñas...  
Ven, querida... ¡responde a mi amor!

¡Ven a mí... yo no busco hermosura;  
No apetece este pecho vacío  
Sino un pecho de amor como el mío,  
Sino el alma, sino el corazón.  
¡Ven!... abiertos te esperan mis brazos;  
Ya parece que en ellos te estrecho;  
Ya parece que siento tu pecho  
Contra el mío latiendo de amor.

¡Nadie me oye!... mis voces se apagan,  
Y se apaga con ellas mi vida;  
Donde no halla mi pecho querida,  
Un sepulcro hallará mi dolor.  
Un sepulcro es el lecho florido  
Que apetece mi anhelo postrero;  
Un sepulcro la dicha que espero,  
Pues no existe la dicha de amor.

## LA INOCENCIA

(A Amelia)

Tendió su manto ya de oro y de rosa  
La tarde en la pradera.  
¡Qué tranquilo está el mar! ¡Qué silenciosa

La ría y la ribera!

Mas... ¡qué en vano a mis ojos tan brillante  
Decoración se pinta,  
Si no refleja otra mirada amante  
Su inanimada tinta!

Que el alma sin amor, y sin profundos  
Latidos, y aun pesares,  
Se halla más sola en medio de esos mundos  
Que un bajel en los mares.

Mas aún benigno compadece el cielo  
Mi espíritu postrado;  
Y un ángel me depara de consuelo  
De su altura bajado.

Aun hay para mi noche luz de aurora;  
Aún Amelia me ama.  
Bella inocente, ven... tu amigo llora,  
Y en su dolor te llama.

No tardes ¡ay!... Tus ojos virginales,  
Tu celeste inocencia,  
Me infunden nuevo amor a los mortales  
Y a mi triste existencia.

Y cuando de tu angélica ternura  
Inspirado me veo,  
Yo creo en la virtud, en la hermosura...  
¡Y hasta en la dicha creo!

Ya viene allá... ¡Cuán cándidas, cuan bellas  
Se ostentan sus facciones!  
Aún no surcan ¡su rostro, cual centellas,  
Fogosas las pasiones.

Mas sus ojos mirándome se inflaman  
De rayos de alegría,  
Y con magia del cielo la derraman  
¡Hasta en el alma mía!...

Ven a mi corazón, dulce hermosura;  
Ven, ángel, a mis brazos;  
Ven, y de tu pureza y mi ternura  
Forme el dolor los lazos;

¡Ay! ven... que aunque mi pecho los rigores  
Del desengaño oprimen,  
Aún no trocara al mundo mis dolores  
Por sus goces de crimen...

¡Santa ilusión que en la desgracia imploro!...  
A ser vuelve mi anhelo  
No es ilusión esa virtud que adoro:  
Conservádmela ¡oh cielo!

Eternizad de este ángel la pureza,  
Y esa celeste calma:  
Que es el supremo bien esa belleza  
Que da la paz del alma.

¡Amelia!... Un corazón desencantado  
Nada puede ofrecerte;  
Ni tú hallarás donde te guarde el hado  
Más venturosa suerte.

Fascinada por mágicas visiones  
Crearás en otros seres;  
Suspirarás por nuevas sensaciones,  
Por extraños placeres.

Abrazarás la nube engañadora  
De esa dicha mentida,  
Y llorarás, como tu amigo llora,  
La bella edad perdida.

Verás al fin de era esperada calma  
Un letargo sombrío,  
Y llegarán los vuelos de tu alma  
Al caos del vacío.

Así las ondas de este Landro hermoso  
Corren al mar vecino,  
Apeteciendo el natural reposo  
De su raudo camino.

Hélas, empero, aquí, por los juncasles,  
Tan puras, tan serenas,  
Retratando en sus plácidos cristales  
Las márgenes amenas.

Y hélas allá cuan bravas y verdosas  
Tus ojos amedrentan;  
Y en montañas alzándose espumosas...  
En las rocas revientan.

Quédate, Amelia mía, en la ribera,  
Quédate entre las flores;  
No agoste tu lozana primavera  
Canícula de amores.

Vive los días de tu alegre mayo  
Enlazada a tu amigo;  
Que aún tiene rama el árbol que hirió el rayo  
Para darte su abrigo.

No serás tú la nube que le encienda,  
¡Leve vapor de aurora!  
Ni será que a tu soplo se desprenda  
Su cima protectora.

No... ni el cariño avivaré risueño  
Que tu candor me ofrece;  
Ni seré osado a despertar el sueño  
Que feliz te adormece.

Y ¡ojalá que jamás se despertara!  
Y piadosa la suerte,  
De ese sueño a los dos nos transportara  
¡Al sueño de la muerte!...

¿Quién sabe en tanto si pasión traidora  
Su tiro oculto apresta?  
¿Si en tu pecho sonar podrá una hora  
De mudanza funesta?

¿Qué?... ¿sonó ya tal vez?... En tu alma bella  
La compasión trocada  
¿Habrá encendido la primer centella  
Que brota en tu mirada?...

¡Tú tiembles!... ¡tú enmudeces!... ¡tú suspiras!  
Y reprimiendo el llanto,  
Mi mano estrechas, y mis ojos miras  
Con sonrisa de espanto.

¡Ángel de la inocencia, yo te imploro!...

Disipa estas quimeras.  
Celestial hermosura, yo te adoro...  
Mas ¡ay!... ¡Tú... no me quieras!

No se fijen tus vagar, ilusiones  
Sobre mi ardiente seno.  
Teme el triste furor de mis pasiones,  
¡Y su oculto veneno!

Todos los fuegos que mi pecho inflama  
Son rayos matadores.  
Quema mi corazón todo lo que ama;  
Sólo inspira dolores.

Sufra yo solo, y mi feliz querida  
Enjague en paz mi llanto;  
Su voz arrulle el sueño de mi vida  
Como un celeste canto.

Y duerma tu ilusión con mis temores  
Tan sumida en el pecho,  
Que pueda la virtud mullir de flores  
Para los dos un lecho.

Alcémosle, mi bien, en la espesura  
Que este valle guarece,  
Lejos del mundo que con risa impura  
La inocencia escarnece.

Y no importa que oscuros e ignorados  
Nos rechace aquí el suelo,  
Si nos ven a su gloria aproximados  
Los ángeles del cielo...

¡Ven, ángel mío, ven!... La unión más santa  
En mis brazos te espera...  
Mira cómo la luna se levanta  
Por la azulada esfera.

Como ella, por el cielo sostenidos,  
Nosotros volaremos  
Dó la oscura región de los sentidos  
De lo alto miraremos.

Y pasarán cual sombra las pasiones;  
Y allá, en otros momentos,

Podré sentir, mi bien, palpitaciones...  
¡Nunca remordimientos!

Y abarcando, a su fin, de una mirada  
Mi efímera existencia,  
Diré: «Felicidad... o no eres nada,  
O fuiste la Inocencia.»

1830.

## A LA MUERTE

*Te teneam moriens, Tib. Eleg. , lib. I.*

Ven a mis manos, de la tumba oscura,  
Ven, laúd lastimero,  
Dó Tibulo cantaba su ternura,  
Dando a Delia su acento postrimero.

Y tráeme los ayes encantados  
Con que dulce gemía,  
Cuando ya con los párpados cerrados,  
En brazos de su amor, desfallecía.

Ven, y el son de tu armónico suspiro,  
Sobre mi arpa vibrando,  
Al viento dé las ansias que respiro,  
El fin de mi existencia preludiando.

Yo lloraré de un alma solitaria  
El insaciable anhelo,  
Invocando en mi lúgubre plegaria  
Él solo bien que me reserva el cielo.

Yo ensalzaré tu celestial dulzura,  
Muerte consoladora.  
Yo cantaré en tus brazos tu hermosura;  
Nadie en el mundo como yo te adora.

Parece ya que en el dintel sombrío  
De la tumba dichosa  
Siento exhalarse un delicioso frío  
Que el ardor templó de mi sed fogosa;

Y que un ángel más bello que mi Lina,

Con semblante risueño,  
En féretro de rosas me reclina,  
Y el himno entona de mi eterno sueño.

«Venid, exclama, a los sepulcros yertos  
A terminar los males.  
No es ilusión la dicha de los muertos;  
¡La nada es el vivir de los mortales!...»

-Lo sé, lo sé; mas de otro modo, un día,  
Brillante a mis ardores  
El campo de la vida se ofrecía  
Vertiendo aromas y brotando flores.

«Dó más placer divise, dije ufano,  
Allí está mi ventura.  
El ser que me formó no es un tirano;  
Y el bien en el gozar puso natura.»

«Destiérrese de mí la razón lenta  
Y su impotente brillo;  
Será mi norte lo que el pecho sienta;  
Será feliz mi corazón sencillo.»

Dije, y cual ave del materno nido  
Lancéme en vuelo osado;  
La senda del placer hollé atrevido,  
Siempre de sed inmensa arrebatado.

Corrí a las fuentes dó mi labio ardiente  
Beber el bien quería;  
y a su hidrópico afán desobediente,  
El néctar del deleite no corría...

Y corrió por mi mal... ¡y era veneno!  
Bebieronle conmigo;  
Crimen en vez de amor ardió en mi seno,  
Fui amante inútil y funesto amigo.

Denso vapor al fin anubló el alma;  
Y en letargo profundo  
De quietud falsa, de horrorosa calma,  
Dejé los hombres, y maldije al mundo...

¡Oh natura falaz! Tú me engañaste  
Con pérfida mentira,

Cuando en mi débil corazón grabaste  
Esa imagen ideal por quien suspira.

Pasó de mis fantásticas visiones  
La magia encantadora;  
¡Destino atroz!... no tengo ya pasiones;  
Y un solo bien mi corazón implora.

Envía sólo un rayo de contento  
Sobre mi hora postrera;  
Dame un solo placer, sólo un momento...  
El momento no más en que me muera.

Ya que entoldaste siempre mi ventura  
Con tan nubloso velo,  
Rasga en mi ocaso su cortina oscura,  
Déjame, cuando expire, ver el cielo.

¡Ay! y al sentir ese éxtasis profundo  
Que da la patria eterna,  
A la que fue mi patria en este mundo  
Volver me deja una mirada tierna.

Llévame de mi Landro a los vergeles,  
Y allí, muerte piadosa,  
Bajo los mismos sauces y laureles  
Dó mi cuna rodó, mi tumba posa...

Apura, oh muerte, mi deseo apura...  
Y a mis votos te presta.  
Lleva a su colmo mi postrer ventura;  
Premia un instante una pasión funesta.

Propicia a la ilusión que me alucina,  
Llévame a la que adoro;  
Tremola entre los brazos de mi Lina  
Tu crespón para mí, bordado de oro.

En ellos ¡ay! exánime posando,  
Mi rostro al suyo uniendo,  
Al compás de su lloro agonizando,  
Y sus tardías lágrimas bebiendo,

Mis brazos se enlazarán a su cuello,  
Que apoyo me prestara  
Para esforzar el último resuello

Que en sus labios mi espíritu exhalara...

¡Ay! accede al ansiar de un alma triste,  
¡Muerte que anhelé tanto!...  
Y en vez de esa corona que no existe,  
¡Cubra una flor no más tu negro manto!

Mas no... no cederás tu poderío,  
¡Oh destino inclemente!  
Y contra el mármol del sepulcro mío  
Con furor ciego estrellarás mi frente.

Mi tierna juventud, mis padeceres,  
Mi llanto no te apiada...  
¡Moriré, moriré!... mas sin placeres;  
¡Ay! ¡moriré fin ver a mi adorada!

1829.

## A ALBORADA

(Poesía gallega)

¡Ay miña pequeniña!  
¡Qu'ollos bonitos tés! ¡Que brilladores!  
¡Case salta a alma miña,  
É vendo os teus colores,  
Ver me parece todos os amores!

Agora qu'á alborada  
Os dulce paxariños xa cantaron,  
É da fresca orballada,  
N'as perlas os ramiños se pintaron,  
Agora ¡qué diviños  
Brillaran os teus ollos cristaliños!

¡Ay! asoma esas luces,  
Asoma a esa ventana, miña hermosa;  
Tú que sempre reluces  
Con elas máis lustrosa  
Qu'á Luna, cando nace silenciosa.

Verásme aquí cantando,  
Xunto estas augas craras, estas penhas,

Verásme aquí agardando  
Que se rompan as lúgubres cadenas  
D'a noite que m'aparta  
De quen nunca a alma miña se véu farta.

Mírame, sí, querida,  
Cando d'o blando sono te levantes,  
Máis fresca, é máis garrida  
Qu'estas froes fragantes,  
Qu'á espuma d'estas ondas resonantes.

¿E aínda non parecen  
Eses olliños teus? ¿Dormes rosiña?  
¿Dormes, é resplandecen  
Os campanarios altos d'a mariña?  
¿Aínda non oiche  
Aquela dulce voz que m'aprendiche?

¿Déixasme qu'aquí solo  
Á as áugas lles dirixa os meus acentos,  
É non vés ao meu colo  
Fartarme de contentos,  
É amante aproveitar esteis momentos?

Des d'aquí vexo os mares  
Serenos, estenderse alá no ceo;  
Oio d'aquí os cantares  
Da pillara fugaz, d'o merlo feo,  
Pero o teu seno lindo  
Non ovexo, meu bén, qu'estas durmindo.

Xa se foi o luceiro;  
Desperta d'esa cama, miña rosa;  
Desperta, é ven primeiro  
Abrir á venturosa  
Ventana d'o teu carto: ven graciosa.

Sál como sempre sales,  
Máis diviña qu'á diosa de Citera  
Salindo dos cristales,  
Máis galana qu'á leda primavera  
Esparcindo rosales:  
Venus pra min, amante,  
Primavera, mañan, é fror fragante.

Xa te vexo salindo

Mirarme, é retirarte avergonzada,  
¿É de quén vás fuxindo  
Tontiña arrebatada?  
¿Do teu amor que canta n'a enramada?

Non fuxas, non, querida;  
Ven aquí: baixa á escala sin temores:  
Esa frente garrida  
Á miña man á cubrirá de frores;  
Xa as teño aquí xuntiñas;  
¡Qué venturosas son! ¡Qué bonitiñas!

Ven despeinada aínda  
Darme o primeiro abrazo, darm'a vida  
¡Canto es así máis linda!  
Ven qu'a mañan frorida  
Solo pr'os que se queren foi nacida.

Non, non, durme, descansa,  
Naide turbe o reposo d'o teu peito:  
Plácida quietud mansa  
Sin cesar vele o téu hermoso leito:  
Durme, que non tés penas,  
É acaso en min soñando te enaxenas.

Reposen os teus ollos,  
Eses ollos diviños, venenosos:  
Tamén finos cogollos  
N'os rosales pomposos  
Agardan por abrirse recelosos.

Sí, miña prenda amante:  
Eu cantarei aquí mentras que dormes.  
¡Ay qu'o Landro brillante  
Non é dourado Taxo; nin o Tormes  
Alinda o meu retiro!  
Durme, si, durme, mentras qu'eu suspiro.

Mayo 11 de 1828.

## LA INMORTALIDAD

(Epístola a Genaro)

*... anne aliquas ad caelum hinc ire putandum est*

*Sublimes animas; iterumque ad tarda reverti  
Corpora? Quae lucis miseris tam dira cupido?...*  
–Virg. AEneid. lib. VI.

Decretada ya está por el Destino  
Mi eterna suerte al fin: siempre sombrío,  
Sólo la oscura soledad me agrada;  
Claustros y torres, bosques y ruinas.

Buscando alivio a una pasión tan triste,  
Cual hoy me abrasa lo interior del pecho,  
Vengo a templar las llamas que me cercan,  
Junto a estos muros santos, dó reposan  
Generaciones mil; aquí gustoso  
Cerca miro las olas estrellarse,  
Las luchas remedando de mi pecho;  
Y más cerca, las urnas solitarias  
¡Aumentando el pavor de las tinieblas!  
Ellas me aguardan, ¡ay! ¡Genaro amigo!

Cual incierto marino, descubriendo  
La playa a dó los vientos le conducen,  
Primero ve desde la erguida popa  
Qué mansión el destino le prepara;  
Así yo, de las olas dó fluctúo  
Contemplo el puerto a dó ru rumbo lleva  
La contrastada nave de mis días.  
La contrastada nave de mis días.  
¡Ignorada región!... ¡Oh! si a lo menos  
De aquel país oscuro, algún viajero  
¡Tornase a las mansiones de la vida!...  
¡Supiera el hombre su eternal destino!  
Mas ¡ah! no vuelven; y el postrer letargo,  
Es cima que, una vez ya traspasada.  
El mísero mortal nunca recobra.

Pero ¿puede lo eterno a los humanos  
Parar arrebatado el pensamiento?  
¡En vano un muro inmenso nos separa!  
¡Cuan corta es la carrera de la vida  
Al rápido correr de aquella mente,  
Que altiva, impetuosa, irresistible,  
Supo escalar la cima de los cielos  
Ensanchando el espacio, y de los mundos  
La inmensidad continua dilatando!  
¡Cuán estrecha, al vagar interminable  
De la ambición continua de aquel pecho,

De aquellos corazones, incesantes  
En querer disfrutar; de aquella hidra  
Que siempre en mil pasiones renaciendo,  
Nunca tranquila reposó y cansada!  
¡Vano es parar el rápido torrente  
A orillas del abismo en que se sume!

Deseó siempre el corazón humano...  
¡Hasta la tumba, deseó constante!  
Vio el sepulcro; cesó la ilusión grata  
De por siempre existir, y al fin un día,  
A fuerza de ver muertes, convencíase  
Que era fuerza morir. Más... ¿pudo entonces  
Contener sus miradas, y sereno  
El cuadro terminar de sus afanes  
En el abismo horrible de la nada?  
¿Pudo ver sin espanto el desgraciado  
Su vida terminar hórrida y triste,  
Sin aguardar un bien, entre las tumbas,  
Que en el mundo engañoso no topara?  
¿Pudo mirar el déspota tranquilo  
No reinar más, ni ya bajo sus plantas  
La humanidad postrarse? ¿Pudo un día  
El tierno esposo, el cariñoso padre,  
El sensible amador, adiós eterno  
A la esposa querida, al hijo amado  
Decir sereno, y de los dulces lazos  
De amor... ¡por siempre más!... desenredarse?  
No; que en el sueño de la corta vida  
Soñó también que prolongados fueran  
Con la muerte sus días; y abrazóse  
Con tan dulce ilusión. Quiso a la muerte  
El velo arrebatarse con que cubriera  
Del porvenir inmenso los abismos;  
Y al abrir con sus ojos el sepulcro,  
A través de las fétidas reliquias,  
Del placer y la paz vio los destellos.  
¡Ay! ¡No fue engaño su dichosa idea!  
¡Encanto dulce! ¡imagen de consuelo!  
¡Oh! si del hombre todos los delirios  
Fuesen tan gratos... ¡venturoso fuera!

Aquí, mi amigo, de Platón guiado,  
A la luz de las lámparas sombrías  
Que sobre estas columnas reverberan,  
Mi mente me dictaba lo que al hombre,

Ambicioso por siempre, extender place  
Más allá de la tumba ¡oh mi querido!  
¿Por qué en sueño tan grato despertarme  
Quiere una ciencia inútil y funesta?  
¿Por qué abrirme a la luz los ojos ciegos,  
Luz que no pueden, débiles, llorosos,  
Sufrir sin turbación? Ya que el humano  
Marchitó las guirnaldas, que a la vida  
Al salir de sus manos, dio natura,  
Deja que espere, al fin de su carrera,  
Puro placer y paz interminable.  
¡Ah! ¡qué importa si es sólo una esperanza!  
También sobre la tierra una esperanza,  
¡Son solamente los ansiados goces!  
Al alma nunca sacia lo presente;  
Esperar el placer... ¡es disfrutarle!

Pero, ¿qué pudo en manos de los hombres  
Puro permanecer? Todo... inocente  
Nace; mas ¡ay! que al soplo del malvado  
Brotó la sangre... agóstanse las flores!  
Deseaba intranquilo el infelice  
Sus días terminando, ver de nuevo  
Sin término otra vida levantarse;  
Cuna el sepulcro fue de su ventura,  
E impávido corrió, de sus vacíos  
A lanzarse en la sima. En todas partes  
Creó delicias raras y tormentos  
Su mente arrebatada, y en diversas  
Esperanzas el hombre dividido  
Fue, como en cultos, razas y países.

Vio el muelle egipcio, el ingenioso griego,  
Bajo las cavernosas catacumbas,  
Mansiones de placer; deja el humano  
Sus prendas breve plazo, se adormece,  
Y allá despierta en ignorado reino.  
El anciano Carón, barquero adusto,  
Su sombra guía por neblinas ondas  
Del Averno a los campos infinitos;  
Ve del Erebo en la profunda noche,  
En derredor de lóbregas cavernas,  
Los genios de maldad silbar horribles,  
¡Furias, Parcas y fúnebres ensueños!  
De la orilla en el barro cenagoso,  
Sumidos ve los manes insepultos,

Y escuchando los gritos penetrantes,  
Que lejos dan los malos en sus penas,  
Del Tártaro imagina los tormentos,  
Y huye aterrado, y al Elíseo vuela,  
De siempre pura luz mansión dichosa.  
Allí torna otra vez a las delicias  
Que tal vez suspendió; ve las queridas  
Sombras que amara un día entre los hombres!...  
¡Si allí bajara la que el ser me ha dado,  
La estrecharía Madre cariñosa,  
Cuál siempre la miré; y embriagada  
Los elíseos jardines recorriendo,  
A par de aquellos hijos que adoraba,  
Prolongara el placer!

En vano Tisbe

Baja amorosa al hórrido sepulcro;  
Su Píramo querido, entre los bosques  
De fragante arrayan, prepara el lecho  
Donde un amor eterno los corona  
En juventud inacabable, ardiente!...  
Allí, olvidados de su error funesto,  
Se estrechan con placer: llanto de fuego  
Baña sus rostros; el amante labio  
Se une al labio feliz; juntos palpitan  
Por siempre sus ardientes corazones...  
Y si algún tanto su delirio cesa,  
Un breve, suavísimo desmayo,  
Cual fresca aurora del tostado Julio,  
Suspende sus fatigas, y de nuevo  
Los encendidos besos, los suspiros  
Restallan ¡ay!... para durar eternos!...  
¡Oh puerta del vivir... tumba dichosa!

Baja, si gustas, al risueño albergue  
Dó el oriental voluptuoso espera,  
Atravesando el peligroso puente,  
Ceñir sus sienes con las palmas de oro  
Del árbol de la dicha. En vano un día  
Lloran su sangre de Ismael los hijos  
Só el yugo de un sultán, o en los desiertos  
¡La sed los quema y abrasados mueren!  
La muerte es su placer; allá, acostados  
En grutas de ámbar olorosas, miran  
Serpear por campiñas de diamante

Ríos de miel y néctar deliciosos.  
Allí, entre flores y banquetes santos,  
Dó angélicas criaturas administran  
Al labio humano copas de ambrosía,  
Mil candorosas jóvenes deidades,  
Más puras que el azul de los espacios,  
Siempre nuevos placeres añadiendo,  
Jóvenes siempre, y siempre más hermosas,  
Halagan sin cesar entre sus brazos  
A aquellos pechos que el amor subyuga  
Hasta más lejos de la triste huesa.  
Allí en días más plácidos y tiernos  
Que una noche de luna a los amantes  
Recostados, al margen de un arroyo,  
En brazos de sus célicas amadas  
Se encantan con los sonos melodiosos  
De mil campanas de cristal radiante,  
Que se mecen pendientes de las ramas,  
Como un vergel de fúlgidas estrellas.  
También entre el ramaje, que guarnece  
De topacio las rocas, en las márgenes  
De las divinas sonoras fuentes  
Entonan dulces cánticos y trinos  
Mil pintadas suaves avecillas;  
Donde nadan en éxtasis absortas  
Las almas de los jóvenes poetas.  
Tibulo encantador, Nasón amante  
Melodioso Meléndez, en aquellos  
Retiros cantaríais a las bellas,  
De estro y de amor perpetuos embriagados.

¡Oh si también allá, bajo los sauces,  
O en el triste rincón de una pradera,  
Posado entre las hojas de un aliso,  
Cantase yo la luna y las tristezas!  
¡Oh si cuando, mi acento entrecortado,  
Cesase de llorar, y en mi extravío,  
«¡Lina adorada!» extático exclamase...  
Lina me oyera, y un suspiro solo,  
Un sólo palpitar sacrificara  
A la triste pasión que me devora!...  
¡Oh cielo hermoso, a mi deseo vano...

Pero deja recuerdos ¡ay! tan dulces  
A más sencilla edad; deja que el griego,  
El romano, el egipcio, el persa muelle,

Y el bárbaro habitante de Bizancio,  
Corran sus encantados paraísos;  
Deja que torvo el Druida sangriento,  
El fiero escandinavo, el bretón frío  
Que en los bosques de Albión un tiempo erraba,  
Circuyan las mansiones sepulcrales,  
Para más destrozar sus enemigos,  
Y devorar en bárbaros banquetes  
Sus cadáveres negros humeando;  
Deja que el europeo al cielo suba,  
Entre celestes coros conducido,  
A ver de Dios la majestad augusta;  
Deja al árido ateo contemplando  
Su ciego acaso y su espantoso nada!

Tú ahora, ven conmigo, atravesando  
El paso hercúleo, y las turbadas ondas  
Del mar que fiera dominó Cartago.  
Ve allá en la margen del Ésaró humilde  
Que atraviesa los muros de Crotona,  
De un templo las columnas ruinosas.  
Allí sentado un venerable anciano  
Te dirige su voz, la voz que un tiempo  
Los doctores del Indo le enseñaron;  
Oye, mi amigo, su lección divina.  
Pitágoras os habla; no el empíreo,  
No campos placenteros, no festines  
Os promete, ni amor: «Mortal», os dice,  
«Tu vida pasará como las mieses  
Que doran las llanuras cada estío,  
Y otra vez volverás a la existencia.  
Dó quier circula el fuego de la vida,  
Y de una en otra criatura, corre  
La inmensa escala de los seres todos».  
Bien como el agua, que del mar se eleva  
Vaga en nubes, despéñase en torrentes,  
Y sosegada, fecundando el suelo,  
Vuelve a la mar en variado curso.  
Si felizmente la virtud hermosa  
Orna tu vida, ilustra tus desgracias,  
Serás dichoso en existencia nueva  
Que el cielo te destina. ¡Oh tú, abatido  
Mísero labrador, que só el arado  
Desfallecido expiras, canta alegre  
Himno de gloria; que a las altas gradas  
Del sólio subirás, donde ora brilla

Tu bárbaro opresor. Y si allí sabio  
La deprimida humanidad doliente  
Tu corazón benéfico levanta,  
Más dichoso serás, y a las campiñas  
Y a las cabañas tornarás tranquilo!  
¡Dogma consolador! ¡Dogma del cielo!

¡Oh, amigo mío! ¿Pudo más suave  
Esperanza halagar mortales pechos?  
Otro espere de Elíseos la fragancia;  
Otro al Olimpo y los mayores orbes  
Subir pretenda en venturoso vuelo.  
Mas ¡ay! ¡cuán poco el corazón del hombre  
Si es una siempre, halaga la esperanza!  
La vida es lo que anhela; en vano dura  
La desgracia, y anubla de sus días  
La breve aurora; la desgracia misma  
Le une a la vida más. Así el salvaje  
Que en Spitzberg, de los eternos hielos  
Entre el duro crujir pasó su infancia,  
A la margen del Betis trasladado,  
Suspira, en su vergel, por la natía  
Estéril roca, y el erguido abeto,  
La larga noche, y la enterrada choza  
Envuelta en pieles y apretada nieve.

¡Oh, mi Genaro! Déjame que ceda  
A tan grata ilusión: yo también quiero  
Renacer otra vez. Odié la vida...  
Y la espero mejor. ¡Ah! ¡cuán dichoso  
Veré la tumba abrirse, y recibirme!  
Sí, naceré otra vez. Desde otro asilo  
Escribiré a mi amigo mis deseos;  
Aspiraré otra vez de mi ardores  
La llama infausta, vana, y los pesares  
De la amistad, a par de sus delicias;  
Aun otra vez en mi laúd doliente  
La muerte cantaré; veré de nuevo  
Las amenas riberas del Landrove  
De otras flores cubiertas y otras ninfas.  
Viviré un día, cuando ya no truene  
Sobre la tierra la injusticia armada,  
Y la oliva que nazca en el sepulcro  
De los malvados, cubra con sus ramos  
Los dichosos jardines de mi patria.  
Ya no entonces mi voz saldrá rugiente

Entonando los himnos sanguinosos  
Que el libre pecho entre los hierros canta.  
Solo que aún triste, mi cansada huella  
Vagará en los extensos panteones,  
Y el polvo de los déspotas pisando,  
Recorreré el recinto religioso  
Dó reposan sus víctimas heladas.

Tal vez allí mi tumba descubriendo,  
Meditando yo mismo en mis despojos,  
Diré: «¡Aquí yace un amador sombrío!  
No lejos mora su adorada Lina.»  
Y el dulce sentimiento que me excite  
El recuerdo que salga de la huesa.  
De aquel sentir antiguo de mi pecho  
Será tal vez el renovar confuso.

Allí vendrá un anciano, a quien el brazo  
Dará una bella joven, cual guiaba  
Al venerable Ossian blanda Malvina,  
Entre las tumbas de Morvén sombrío.  
«Joven», aquel anciano me dijera,  
Cuando en los años de que tú disfrutas  
Me vieron jugueteón estas orillas,  
¡Oh cuánto amaba al desgraciado amigo  
Que ese mármol cubrió!... ¡cuántos momentos  
Entre mis brazos acalló sus penas  
Y exhaló su tristeza que expiraba!  
¡Cuántos, al vislumbrar de oscura noche,  
Un mismo lecho en calma deliciosa  
Unió nuestro cariño, y escuchaba  
La triste relación de nuestros goces!  
¡Cuánto esa Lina!... ¡cuánto esa memoria!...  
No ames, ¡oh joven!... Y llorando entonces,  
Él posara su sien sobre mis hombros,  
Yo bañara sus canas con mi llanto...  
Otra vez y otras mil a mi Benino  
Entre mis brazos enlazando al pecho.  
¿Qué hay más bello, Genaro, entre los sueños  
Que al hombre pensador dulces halagan?  
¿Prefieres aguardarlo en las estrellas,  
Mansión extraordinaria, que no idea  
Por sí la humana mente, donde en éxtasi,  
Ya sin humano sentimiento, vive?  
Será el supremo este deleite acaso;  
Pero a quien sus encantos no imagina

Profano... ¡ni es consuelo, ni esperanza!

No, amigo, no; si en lo futuro incierta  
Vaga mi mente, mi razón me dice  
Que sólo al soplo del placer franquea  
Mi pobre corazón, fácil entrada.  
¡Ay mi querido! Si la vida fuese  
Dulce, como será la ansiada tumba,  
No así sumiera en tétrico letargo  
Aqueste corazón tan infelice,  
Aqueste pecho, que vivir no puede  
Sin que el aliento del amor aspire!  
Dame, Genaro, tus consejos santos;  
Haz que brillen mis días más serenos,  
Y deja que la mano de la Parca  
Se adelante hacia mí; nunca he temido  
El filo atroz que a tantos estremece!  
Me acordaré, muriendo, de mi amada,  
Y expiraré tranquilo; mis deseos,  
Mis placeres, e inquietas esperanzas,  
Y mis delirios, todos, se acabaron;  
¡Venga después lo que me guarde el cielo!...  
¡Mejor será que mi penosa vida!

¡Acaso mi memoria algún agrado  
Te traiga entonces!... viéndose, con flores,  
-Sin ambición, ni envidias, ni rencores-,  
El ciprés de mi tumba engalanado.

Abril 21 de 1829.

## MI COLOR

¡Oh cual me place, hermosa,  
La blancura festiva  
Con que pinta la aurora  
La cuna de los días!

El cisne en los estanques  
Que sus alas erguidas  
Ostenta, y por los aires,  
Cual blanco rayo, gira;

La cándida paloma,

Mensajera de dichas;  
El jazmín oloroso,  
Y la azucena altiva;

Las nacaradas conchas  
Por la playa esparcidas,  
La espuma de los mares,  
Y la nieve en las cimas,

Cuando el cierzo las nubes  
Allí apiñadas limpia...  
¡Qué blancas y qué hermosas  
Son a mis ojos, Lina!

Cuando la primavera  
Sale vertiendo risas,  
Coronando los bosques,  
Vistiendo las campiñas,

Y a los frescos arroyos  
Esmalta las orillas,  
Con mil cándidas flores  
Nevadas margaritas,

Parece al firmamento,  
Cuando en noche tranquila  
Mil plateados astros  
Por los espacios vibran;

También la pura rosa  
Con su color hechiza  
El seno que perfuma,  
Los ósculos que liba;

¡Ay qué color tan bello  
El de la rosa, Lina!  
El oriente y ocaso  
Con sus nubes carmíneas,

Inspirando deleites  
Al expirar el día;  
Los pacíficos mares  
Cuando el sol ya declina,

Y en las olas oculta  
Sus trenzas de oro, tibias;

Los pechos palpitantes  
Donde el amor anida,

O en atrevido vuelo  
Regalado se agita;  
Las mejillas que besa  
Cuando ardiente se anima...

Todo la bella rosa  
Con su color eclipsa;  
¡Todo!... bien que si brotan  
Halagüeña sonrisa

Los amorosos labios  
De la adorada mía...  
Escóndese la rosa  
No púdica... ¡de envidia!

¿Y no es también hermoso  
El color de la espiga  
Cuando en mares de oro  
Fluctúa con la brisa,

O cuando resplandecen  
Allá por las marinas  
Las apartadas playas  
Que el horizonte alindan?

Pues, ¿y el dorado fruto  
Que en el vergel domina?  
¿La olorosa naranja,  
Las pomas que Amor pinta,

Y a través de las hojas  
Se mecen suspendidas?  
Es hermoso el dorado;  
Y más bello, mi Lina,

El azul majestuoso  
De la bóveda empírea;  
El verde de los mares,  
y el verde, que varía

En mil gratos matices,  
Si el aire y sol le rizan!  
Vedle ya, de esmeraldas,

Y de grama que ahija,

De las blandas praderas  
Tejer la alfombra rica,  
Dó el triste Sar arrastra  
Sus aguas escondidas;

Ya con tortuosas ramas  
De las lozanas viñas  
Vestir con verdes visos  
Las amantes colinas

Que el raudo Miño asorda.  
O el Avia fertiliza;  
Ya en el vergel frondoso,  
Corona siempre viva

De aquel plácido Landro  
Que vio nacer mis días,  
Donde voló mi infancia...  
(¡Halague mis cenizas!)

Pintar los tiernos juncos,  
Las hojas, que acarician  
El pérsico meloso,  
Las fresas y las guindas;

Al nogal corpulento,  
Las copudas encinas  
Cubrir de augusta sombra;  
Y en la choza pajiza

Dó el labrador sencillo  
Goza serenas dichas,  
Teñir el musgo y yedra  
Que los muros abrigan.

-Mas ¡ah! ni el blanco puro  
Ni la rosa encendida,  
Ni el oro refulgente,  
Ni el azul que ilumina

Los ámbitos del cielo,  
Ni el verde que matiza,  
Son, amada, a mis ojos,  
De más plácida vista

Que el negro de la noche,  
Cuando triste respira  
Mi corazón perdido  
En su melancolía;

¡Entonces todo es negro!  
Las montañas erguidas,  
Los árboles espesos,  
Los campos y las villas;

Negro es el Sar medroso,  
Y negras sus orillas;  
Negros esos retiros  
Donde el alma medita;

Y puesto que tus ojos  
También con negros, Lina...  
Negro mi color sea...  
¡Negra la suerte mía!

Diciembre 11 de 1828.

## MI RECLUSIÓN

Cuando al sumirse la existencia mía  
Bajo estos elevados paredones,  
De sus vagos delirios e ilusiones  
Libre creí mi ciega fantasía;  
Cuando, dejado el mundo tumultuoso,  
Estos tranquilos techos me acogieron,  
Y sombras, y silencio delicioso  
A mi inquietud febril sobrevinieron,  
Mis labios sonrieron,  
De blando gozo se inundó mi pecho,  
Y exclamé satisfecho:  
«¡Al fin tendré aquí paz!... y sepultado  
En mi lúgubre asilo,  
Aquí seré olvidado;  
¡Viviré oscuro, viviré tranquilo!»

«De vana gloria, y ambición exento,  
Sobre el dolor y el infortunio alzado,  
No se verá mi corazón manchado

De orgullo vil, ni vil abatimiento.  
Yo seré el mismo; empero mis pasiones  
Las mismas no serán... ¡ya se apagaron!  
Sin pábulo mis ciegas ilusiones,  
Un pecho dejarán que atormentaron.  
Mis deseos se helaron,  
Que ya no los inflama la esperanza;  
Y en súbita mudanza  
Despeñado al abismo del olvido,  
Menospreciado luego,  
Después aborrecido,  
¡Al fin también se extinguirá mi fuego!»

Dije, y entré. Mi tétrico retiro  
Me abrió en silencio sus antiguas puertas,  
¡Salve! les dije a sus paredes yertas,  
Y mi triste saludo fue un suspiro.  
Extático quedé; se heló mi acento;  
No lloraron mis ojos cual solían,  
Creí sentir la calma del contento,  
Y mis afectos pareció que huían.  
No huyeron ¡ay!... dormían;  
Dormían fatigados, y humeando;  
Estaban reposando,  
Por más fuerza cobrar... ¡y despertaron!  
Despertaron ardiendo,  
Y otra vez circularon  
Con nuevo brío en torbellino horrendo.

¡Vana fue mi quimérica esperanza!  
¡Vano el encierro y soledad oscura!  
Los males de mi pecho no hallan cura,  
¡Jamás mi corazón tuvo mudanza!  
No dejará de amar hasta que expire,  
¡No dejará de arder hasta que muera!  
Y aunque a breñas y a yerbos me retire,  
Conmigo llevaré mi pasión fiera.  
Si aborrecer pudiera  
Me juzgara infeliz, lo soy ahora  
Porque mi pecho adora;  
¡Y siempre lo seré!... mi aciaga suerte  
Al amor me condena,  
Y amor será mi muerte,  
Amor mi vida abrasa, y la envenena.

Él es, él es el bárbaro castigo

De un infeliz que no conoce el crimen;  
Sus lazos son los grillos que me oprimen,  
No los cerrojos de mi oscuro abrigo,  
No, ¡mármoles sagrados, altos muros!  
Tal vez mi bien de vuestra guarda espero  
¡Oh! no me le neguéis, patios oscuros;  
Atended a mi acento lastimero.  
No entre vosotros quiero,  
Fantasmas de placer; no, de ilusiones  
Que cebéis mis pasiones;  
Corred tan sólo por mi mente un velo  
De letárgico olvido,  
Y aquí hallaré consuelo;  
Aquí el reposo que lloré perdido.

Aquí de mi adorada los acentos;  
No me harán palpar, ni sus miradas  
Sobre mis tristes ojos desmayadas  
Tendrán en suspensión mis movimientos.  
Vendrá a alumbrar mi calabozo el día.  
¡Y yo no la veré!... la noche helada  
Vendrá también, y entre su niebla umbría,  
Tampoco la veré; ni en mi morada,  
Contra mí reclinada,  
Podrá tocar mi labio enardecido  
La orla de su vestido;  
Ni exhalando en su seno mi tristeza,  
Posaré en su regazo  
Mi lánguida cabeza;  
¡Ni de su cuello penderá mi brazo!  
Y así borrada en mi cruel despecho  
Será su imagen, su recuerdo amante.  
Yo llegaré a no amar, vendrá un instante  
Que yerto quede, y sin amor mi pecho.  
¡Vendrá... pronto vendrá!... cuando me muera,  
Cuando al sepulcro baje ya vecino...  
Allá en su seno la quietud me espera;  
Allí te olvidaré. No; no imagino,  
Mi bien, otro destino  
Donde no pueda amarte; ni en la muerte  
¡Dejaré de quererte!  
Que ni desgracias, ni mi oscura vida,  
Ni mi injusto castigo  
Me privarán, querida,  
De verte siempre, y de vivir contigo.

¡Nunca! En vano se cubre mi morada  
De ciega oscuridad; en sus visiones  
Ve brillar tus ojos, tus facciones,  
Siento sonar tu voz enamorada  
Por estos patios lúgubres vagando  
En el silencio de la noche oscura.  
Siempre estás ante mí... siempre temblando  
¡De ti imploro el abrazo de ternura!  
Mi planta se apresura  
Por volar a tus pies. Mas... ¡sombra vana!  
Cada vez más lejana,  
Mi frenético anhelo no te alcanza;  
Y delira, y te sigue,  
Y en trémula esperanza  
¡Cada vez más iluso te persigue!

Breve tal vez y turbulento sueño  
Reposo intenta dar a mis ardores;  
Pero entre sus fantásticos vapores  
Yo te busco, y te tengo, dulce dueño!  
Y torna al punto mi cruel desvelo,  
Y en hórrido delirio me levanto;  
Brilla la aurora; se ilumina el cielo,  
¡Mas mi ilusión no cesa, ni mi encanto!  
Ni el ardoroso llanto  
Su curso suspendió... ¡triste mañana!...  
La fúnebre campana  
Pulsa en mi corazón; pero sus sonos  
Al anunciar el día  
No alejan las visiones,  
De mi siempre anublada fantasía.

A todas horas sin cesar te veo;  
Siempre están palpitando tus acentos  
Sobre mi alma... ¡Todos los momentos,  
Mi vida toda... en adorarte empleo!  
Que mi vida es amar; mi pecho ardiente  
Mas no sabe ni quiere; ¡mas no espera!  
Mi deidad es amor (mi labio miente),  
¡Mi deidad eres tu!... Yo no existiera  
Si amor no sostuviera  
Esta máquina débil, en alimento  
Es la pasión que aliento;  
Y en el combate eterno en que batallo,  
Es mi sangrienta daga;  
La sola dicha que hallo,

¡El único deleite que me embriaga!

¡Cuan puro este place naciera un día,  
Y que en breve mudó! Mi desventura  
Aquella aurora emponzoñó tan pura,  
¡Hoy ya suplicio de la vida mía!  
¡Tú... tú también mudaste, dulce dueño!  
Ya no es tu rostro el plácido semblante  
Dó lozano vigor brilló risueño,  
Cuando yo no cuidaba ser tu amante,  
Palidez devorante  
Marchita tus mejillas nacaradas;  
Tus célicas miradas  
Salen allá de esos hundidos ojos...  
Tus labios son ruinas;  
Tus cabellos, despojos.  
¡Tú también al sepulcro te avecinas!

Pero nunca más gracias te hechizaron  
¡Nunca tan bella así me pareciste!  
¡Ama mi corazón todo lo triste!...  
Y esos los rayos son que me abrasaron.  
¡Pero... más triste yo! -Si se presenta  
En mis ardidos labios falsa risa,  
Es calma que presagia la tormenta,  
Como presagia el huracán la brisa;  
¡Oh mi Lina!... sumisa  
Tu nombre al pronunciar, la voz me falta  
Mi cabeza se exalta  
Sólo a tu idea... tiemblo al escucharte,  
Mi vista desvaría  
Atónita al mirarte,  
¡Y al asirte en mis brazos, moriría!

No... no es éste el amar de los mortales;  
No es este su querer pálido y frío...  
¡Es gozar, es morir!... ¡luz... desvarío!  
¡Gloria sin fin, tormentos infernales!  
-Ven a mí, dulce bien, tú mi consuelo,  
Y yo el tuyo seré; ¡y uno seremos!  
No en vano tan iguales nos dio el cielo  
El amor y el dolor, lazos extremos!  
Ven... los dos lloraremos:  
Yo enjugaré tus lágrimas ardientes,  
Con besos más fervientes.  
Tú sostendrás con plácidos abrazos

Mi triste caimiento;  
Y si muero en tus brazos,  
¡Tuyo será mi postrimer aliento!

¡Imagen de placer! ¡Sombra perdida  
De un delicioso fin! ¡Sorda venganza  
Del Destino, ahogó en germen mi esperanza!  
Esperanza del bien... ¿dónde eres ida?  
Mas... ¡cuando esperé yo!...Días pasaron  
Que feliz pude ser -¡nunca lo he sido!  
¡Ay! ¡cuando más mis llamas se elevaron,  
Fue cuando el cielo decretó su olvido!  
¡Ay dulce bien querido!...  
No, ya no pido amor; guárdale pura  
A quien con más ventura,  
(Si con menos amor) logarte pueda,  
¡Oh! ¡nunca merecerte!  
A mí sólo me queda  
¡Llorar, amarte... ambicionar la muerte!

#### EN LA MUERTE DE UN HERMANO NIÑO

¡Caro hermanito mío!  
¡Cómo el soplo ligero de tu vida  
Dejó tu cuerpo frío!  
¡Qué pronto fue abatida,  
La flor de tu existencia interrumpida!

¡Cuán breve cesó el lloro  
Que las primeras penas te arrancaron!  
¡Como al empíreo coro  
Tus lágrimas se alzaron,  
Y a las caricias nuestras te robaron!

Aún la undécima luna  
De tu vivir efímero duraba;  
Aún la vaga cuna  
Tu dormir arrullaba,  
Y el néctar maternal te alimentaba.

¡Cuál tu trémula mano  
Ya en cariñosa muestra se tendía!  
Ya juguetón y ufano,  
La primera alegría

En tu purpúreo labio sonreía.

Y ya tu informe acento,  
Por un plácido instinto, señalaba  
El rayo de contento,  
Que a tu labio asomaba  
Si el nombre maternal balbuceaba.

Bello cual la inocencia,  
En tus mejillas derramara Flora,  
Sus tintas y su esencia;  
Tu risa encantadora,  
Era como la risa de la aurora.

Dormías al arrullo  
De tu Madre, envidiada y envidiosa;  
Cual yace en su capullo  
El botón de la rosa,  
Que mece el aura, de gozarle ansiosa.

Como un sutil aliento  
La encapotada muerte, introducida  
En súbito momento,  
A tu cuna querida,  
¡Vino a apagar la antorcha de tu vida!

¡Vano fue que en sus brazos  
El maternal cariño te estrechase!...  
Que en ansiosos abrazos  
Tu calor alentase,  
Y alma nueva en sus besos te inspirase.

Su llanto enardecido  
Sobre tus yertos miembros descendía;  
Con ardiente gemido  
Su pecho te oprimía...  
¡Y nueva vida al tuyo dar quería!

Tus ojuelos brillantes  
De una pálida nube se empañaron;  
Tus venas palpitantes  
Su curso retardaron,  
Y en inacción helada desmayaron!

La Parca destructora  
En tus lívidos labios ha tendido

Su mano engañadora;  
Tu aliento fue oprimido,  
Y el color de tus rosas extinguido.

En tanto... Ángel airoso,  
Rápido de los cielos descendiendo,  
Con un beso amoroso  
Tu vida recogiendo,  
En sus labios a Dios la fue subiendo.

Tu espíritu divino  
Voló sobre la esfera refulgente;  
Y el cielo cristalino,  
En su primera fuente  
Recibió el soplo que animó tu mente.

Dejaste los mortales,  
Dejaste nuestro suelo de dolores;  
Dejaste nuestros males,  
Y en eternos dulzores  
Trocaste nuestros duros amargores.

¿Quién sabe si la suerte  
Mil ásperas cadenas te forjaba?  
Para tu dura muerte,  
Si tal vezafilaba  
La más cruel saeta de su aljaba?

Acaso algún tirano  
En ti su torva saña esgrimiría;  
Tal vez luchando en vano,  
En desigual porfía  
Tu infelice vivir terminaría.

Tal vez de injusta guerra  
El odioso aparato te llevara  
A desolada tierra,  
Do tu vida acabara  
Lejos del seno de tu Patria cara.

En vano en los desiertos,  
Tu lánguido ayear repetirías;  
Con los brazos abiertos,  
En vano te alzarías,  
Y a tu mísero hermano llamarías

¡En cuán feliz instante  
Las miserias terrenas te dejaron!  
Pero aún tierno infante,  
Los dolores turbaron  
Ese corto vivir que te arrancaron.

Sin gustar los placeres  
Bajaste a los abismos del olvido,  
Continuos padeceres,  
Y continuo gemido...  
Lloro continuo tu vivir ha oído!

Pero no las pasiones  
En sus volcanes fieros te abrasaron;  
Ni en rebeldes facciones  
Tus deseos se alzaron,  
Y en pos de falsos bienes se afanaron.

Jamás las amarguras  
De los nombres más dulces conociste;  
Ni en las mismas ternuras  
De la amistad, sentiste  
Cuanto pueda doler al alma triste!

Nunca tiernos abrazos  
Inflamarán el fuego de tus venas;  
Nunca en amantes lazos  
Sentirás duras penas,  
Ni el peso oprimidor de sus cadenas.

Ni de ambición sangrienta  
En carro atronador serás llevado;  
Ni la espada cruenta  
Penderá de tu lado.  
-¡Ay! duerme, duerme en sueño reposado!

En el dulce regazo,  
Tu alientose apagó dó se encendiera;  
Tu muerte fue un abrazo,  
¡Oh... feliz!... ¡quién muriera  
Tan dulcemente... sin cuidar que muera!

Breve sueño dormirte,  
¡Cuán lejos ¡ay de mí! y te ha amanecido!  
¡La vida transpusiste!...  
-Hermanito querido;

¡Salí tras ti clamando... y eras ido!

Tiende a mí tus alitas  
Del seno del Señor, donde reposas...  
-Llévame adonde habitas;  
Enséñame eras cosas  
Que no oyó humano oído... ¡tan sabrosas!

De ellas siempre sediento  
Mi corazón está desque respira;  
Por ti serán mi aliento...  
El estro de mi lira,  
¡Y nueva vida que en mis venas gira!

Junio 26 de 1829.

## AL SILENCIO

(Oda)

Cuando mi alma embelesada canta  
Allá dentro del pecho extasiado,  
-Mi labio está callado,  
Mi vista absorta, estática mi planta.  
Y sólo en triste giro  
Rompe el silencio con algún suspiro.

Mientras... la noche en negra colgadura  
Enluta el orbe; callan las praderas;  
En las solas riberas  
Apenas el Océano murmura;  
Y el silencio prosigue,  
Y mi anhelante corazón le sigue.

Las fúlgidas estrellar, centellean;  
Giran miles de globos por los cielos,  
En prolongados vuelos  
Los funestos cometas se pasean,  
¡Y todo calla!- en tanto...  
Cunde en silencio el tenebroso manto.

Temblorosa Diana se presenta  
El ámbar del rocío destilando,  
Huye y vuela callando;

Llega la aurora y el silencio aumenta,  
Arde el sol encendido,  
Arde inmenso, y no se oye su ruido.

¡Salve, salve, silencio majestoso!  
¡Sigue, callando, tu eternal carrera,  
Mientras de esta ribera,  
Mirando al mar y al campo nebuloso,  
Solitario palpito...  
El ruidoso gozar no necesito.

¿Qué era un tiempo la grata melodía  
En el vergel umbroso resonando,  
Y el eco fiel y blando  
Que mi amor y mis penas repetía,  
Si, mientras más sonaba,  
Más mi pecho afligido se apenaba?

En este valle y fúnebres retiros  
Oí un día mil plácidos acentos,  
Amorosos lamentos,  
Cánticos tiernos, flébiles suspiros...  
Y del son regalado...  
¡Sólo un recuerdo ingrato me ha quedado!

Oí por las cabañas de esta orilla  
Mil repetidas quejas elevarse;  
Al pastor lamentarse,  
Al pescador gritar de en barquilla,  
Y en sus alas el viento  
Prolongaba el tristísimo lamento.

Allá en las puertas de ciudad oscura  
Sólo tristes murmullos me aterraban;  
En derredor zumbaban  
Confusos gritos de maldad impura  
Con audacia funesta,  
Mientras callaba la virtud modesta.

El cavernoso abismo, de su seno  
Abortó los tiranos y la guerra!  
Gimió dó quier la tierra:  
Tembló la mar al pavoroso trueno,  
Y donde se mostraron,  
Allí la humanidad encadenaron.

No es mío, no, los ayes lastimeros  
Con que en los campos la miseria llora,  
Ni recordar ahora.  
Quiero vanos placeres pasajeros,  
No humeantes murallas,  
Ni el sangriento fragor de las batallas.

Que recostado en estas rocas quiero,  
Lejos huyendo el turbulento mundo,  
El silencio profundo  
De la noche abarcar; y el orbe entero,  
Cuan compasadamente  
Eterno marcha, contemplar mi mente.

Sí, cual oculta el remontado cielo,  
La sublime verdad en su tesoro,  
Así el placer que adoro  
Cubre su faz de silencioso velo;  
Y el que en su seno goza  
Mientras se oculta más, más se alboroz.

La noche, el mar, los cielos no acabados,  
Los campos y desiertos extendidos.  
Los ojos encendidos  
Dó prende amor en vuelos abrasados...  
Todo en silencio mueve...  
Y el alma mía en su quietud se embebe.

Y como alguna vez ruge el Tonante  
Con sorda tempestad, porque más puro  
Brille el etéreo muro;  
O cual se opone al triste caminante  
Desierto inanimado  
Porque más goce en el vergel cuidado;

Así exhala natura breve acento,  
Que más vivo el silencio resucita;  
Más amante palpita  
El corazón en fatigado aliento,  
Y de variar gustoso,  
Torna más dulce al plácido reposo.  
Tal de noche las aguas sonoras  
Se oyen bramar, retiemblan las montañas;  
De sus hondas entrañas  
Lanza el abismo voces temerosas;  
Y otra vez se adormecen,

Y los lúgubres ecos enmudecen.

Mientras, suspira el viento en la floresta,  
El río se desliza murmurando;  
La fiera vagueando  
Lanza por las tinieblas voz funesta;  
Se queja Filomena...  
Y mi amada tal vez llora su pena.

Sí, mi amada, mi bien, mi dulce Lina  
A mí se acerca, y mudos nos hablamos;  
En silencio gozamos,  
Y mi frente en su seno se reclina;  
Nuestros pechos se oprimen,  
Y nuestros labios ¡ay! aman y gimen.

Gimen, sí, gimen: el sollozo ardiente  
En que el seno agitado al fin prorrumpe.  
Mi placer no interrumpe;  
Más extasía la embargada mente;  
Y cuanto más suspira  
Más, en silencio, el corazón delira.

Así, cuando mi alma se arrebatada  
Contemplando en las tumbas silenciosas  
Las sombras pavorosas  
Que animadas mi mente se retrata,  
Cuando la visión crece,  
Al compás, la ilusión se desvanece.

Torno al silencio, los contentos míos,  
El blando lloro, el meditar sereno,  
Hallo sólo en su seno;  
Y la pasión, los ciegos desvaríos,  
La razón que los calma:  
¡Salve, oh silencio... bálsamo del alma!

Enero 7 de 1829.